

halagüeñas. No podremos transmutar nuestra aura sin antes transmutar nuestra actitud mental.

No se concibe que un hombre anhele reunir fortuna y no obstante se coloque en disposición mental enteramente opuesta, como si dijese para sus adentros: "¡Aléjate, prosperidad! No vengas a mí. Me gustaría prosperar, pero veo que nací para la pobreza. He de resignarme a vivir mezquinamente y aunque mi deseo es poseer cuantos bienes gozan los afortunados, no espero obtenerlos".

¿Cómo es posible que la abundancia derrame su cuerno en manos de quien así piensa? La mente que duda y teme, repele la prosperidad. Por supuesto, estas gentes no rechazan las ocasiones de prosperidad y abundancia, sino que las esquivan sin darse cuenta, por el mero hecho de mantenerse en negativa actitud mental, llena de dudas, recelos, temores y desconfianzas. Otros hay que unas veces orientan y otras desorientan su mente, por lo que, en parte son positivos y creadores y en parte negativos y destructores. Deshacen con los pies lo hecho con la cabeza y viven ni triunfantes ni vencidos, ni ricos ni pobres, como péndulo oscilante entre el nada y el poco. Cuando se animan y entusiasman y alientan de esperanza, hacen algo porque tienen la mente en estado creador y positivo; pero cuando desmayan y se descorazonan, les asaltan dudas y temores, de modo que sus mentes revierten al estado destructor y negativo para caer de nuevo en la necesidad.

Tiempo llegará en que todos seamos capaces de mantener nuestras mentes en actitud positiva y creadora. Entonces lograremos abundancia y plenitud de bienes.

CAPÍTULO IV

CONFÍA EN TI

La fe es optimista porque descubre el camino
La duda es pesimista porque no ve dónde afirmar el paso y teme afrontar lo incierto.

La fe robustece las aptitudes y establece la superioridad.

La costumbre de confiar en nosotros mismos estimula nuestras mejores cualidades.

La fe es el divino mensajero que guía al hombre extraviado por la duda y el error.

¿Qué suerte cabría al domador que por vez primera entrara en la jaula con el corazón achicado y el ánimo temeroso de que las fieras lo devoraran? Poco más que si se dijera: "Quiero domar estas fieras; pero no creo conseguirlo. ¡Menudo empeño es para un hombre sojuzgar a un tigre de las selvas africanas! Habrá quien lo logre; pero yo dudo lograrlo".

Si llegara a encarar a las fieras lleno de miedo y desconfianza, muy luego lo despedazarían. La arrogante presencia de ánimo le salva. Ha de dominarlas primero con la mirada, sin dar ni la más leve señal de temor o

recelo, porque le costaría la vida. De la propia suerte, nadie realizará cumplidamente una empresa si no confía desde un principio en el éxito de sus esfuerzos. No llegará a ser buen comerciante quien en su corazón desconfíe de serlo. La suerte negativa jamás hará cosa de provecho.

Haremos cuanto emprendamos resueltamente.

No acumulará jamás riquezas el joven que no tenga la más leve esperanza de ganar dinero y de antemano esté convencido de que sólo unos cuantos pueden enriquecerse y la mayoría de las gentes como él han de quedar necesariamente pobres.

¿Cómo ha de prosperar el muchacho que de continuo lamenta la imposibilidad de cumplir las tareas escolares y se queja de falta de protección, sin la cual a nada se atreve?

Jóvenes hay que emprenden la carrera de abogado, médico o comerciante, con tan poca voluntad, que se amilanan al primer tropiezo; pero, en cambio, otros hay cuya resuelta vocación forma parte integrante de su carácter y nada en el mundo sería capaz de quebrantarla.

Si analizamos las altas proezas y los hombres que las realizaron, echaremos de ver en ellos como prevaleciente cualidad la confianza en sí mismos. El hombre absolutamente confiado en su aptitud para la obra que emprende tiene en su favor casi todas las probabilidades de éxito, aunque tal confianza parezca a los extraños arrogancia o locura. No tan sólo favorece esta confianza, por sus efectos subjetivos, el éxito del hombre que la siente, sino que influye poderosamente en el ánimo de

los demás. El que se domina a sí mismo irradia de todo su ser tal ascendente, que sin esfuerzo disipa las dudas de cuantos están a su alrededor. Todos creen que cumplirá su propósito. El mundo entero confía en quien lleva reflejada en el rostro la victoria.

En cualquier empeño o negocio depende el éxito de la confianza que en los demás infundimos con la que en nosotros mismos tenemos. La vida es demasiado corta y no hay tiempo bastante para entretenerse en investigar al pormenor las aptitudes del que asegura llevar a buen término una empresa; y, por lo tanto, el mundo admite de buen grado al hombre que confía en sí mismo. El médico no ha de presentar al enfermo su diploma, sino inspirarle confianza y acertar en el diagnóstico.

Entre varios escolares, distinguirá el buen observador que, no obstante recibir la misma educación, adelantán unos rápidamente, mientras otros se detienen como *en espera de que alguien los descubra*. Las gentes andan demasiado ocupadas para distraerse en husmear méritos, y así confían en quien promete hacer una cosa, y en esta confianza se mantienen hasta echar de ver el engaño si resulta incapaz de cumplir su promesa. Reconocer la propia insuficiencia y dar paso a la duda, equivale a permitir que el fracaso nos tome grandísima ventaja, por lo que es preciso no perder, ni por un momento, la fe en nosotros mismos, aunque las circunstancias se presenten en extremo hostiles y tenebroso el camino. Nada quebranta tan rápidamente la confianza que los demás ponen en nosotros como una duda que se apodere de nuestra mente. De aquí que

muchos fracasen porque de sus palabras, modales, actitudes y semblante se desprende el desaliento con que contagian a cuantos les rodean.

Quien siempre se rebaja y menosprecia, tenga la seguridad de que los demás no le darán mayor estima, pues nadie se tomará el trabajo de averiguar si efectivamente se ha evaluado en menos de lo justo.

Nunca realizó nada notable el que hizo poca estimación de sí mismo. De nosotros no obtendremos más de lo que esperemos obtener. Si nos consideramos inferiores a los demás e incapaces de hacer cuanto de meritorio hagan, no esperemos colocarnos en situación de vencer los obstáculos que se interpongan en nuestro camino.

Repulsivo aspecto tendrá el hombre de innobles sentimientos y en el rostro llevará retratada la poca estimación de sí mismo, porque siempre hacemos en los demás la impresión del sentimiento o de las ideas que nos dominan. Mas si, por el contrario, nos representamos continuamente como aseguibles las excelsas cualidades que anhelamos poseer, poco a poco acabarán por ser nuestras y las denotaremos en nuestro semblante, modales y actitudes. Para parecer grande es preciso sentirse grande. La superioridad ha de estar en el pensamiento antes que en el porte.

La confianza es base de toda empresa; pues entraña enorme fuerza de convicción de que realizaremos cuanto con sana intención nos proponamos.

El hombre que llega a obtener la consciente idea del bien y de su propio valer, ni duda de sus aptitudes ni teme el porvenir, y, además, se ve libre de las

ansiedades, pesimismo y melancolías que embarazan la acción de los vacilantes e irresolutos. La libertad es requisito esencial del éxito. La incertidumbre, el recelo y la duda son los mayores enemigos de la concentración mental en que consiste el secreto de la virtud humana. La confianza en sí ha sido siempre la piedra angular de toda empresa, y realizó milagros en todos los órdenes de la actividad.

¿Quién será capaz de estimar la maravillosa influencia de la fe, que desbarata los obstáculos y mueve las montañas? Nos dice la Biblia que por la fe operaron prodigios Abrahán, Moisés y otros taumaturgos hebreos. Nada nos recomiendan tanto las enseñanzas religiosas como la necesidad e importancia de la fe, que reduplica nuestras fuerzas y multiplica nuestra aptitud, de modo que sin ella nada es posible realizar. En cuanto un hombre pierde la confianza en sí mismo y la fe en su capacidad, desmaya su ánimo y se le debilitan las fuerzas.

La fe es el fortísimo lazo de conexión entre los estados subjetivo y objetivo. Es el único sentimiento que penetra en el santuario de nuestro ser, alumbra la verdadera fuente de vida y nos pone en relación con Dios. Nuestra vida será noble o ruin, dilatada o mezquina, en proporción a la firmeza de nuestra fe.

Muchas gentes viven sin fe porque no saben en qué consiste, o la confunden con la fantasía, la arrogancia y la presunción. La fe es la espiritual facultad que no discurre ni conjetura ni piensa ni duda, sino que *conoce* y *sabe*, porque descubre los caminos encubiertos a las facultades intelectuales. La fe nos da del mundo

invisible un conocimiento tan real como la percepción sensoria nos lo da del mundo visible.

La fe es un potente realzador del carácter e influye eficazísimamente en los ideales. Nos eleva a la cumbre desde donde vislumbramos la tierra prometida. Es la luz de la intuición, de la verdad y de la sabiduría.

Criminal es apagar la fe del niño diciéndole que nunca será hombre de provecho ni capaz de hacer lo que otros hagan. Padres y maestros no echan de ver cuán receptivas son las mentes infantiles y cuán duradera influencia han de tener en ellas las sugerencias de ineptitud e inferioridad que determinaron en muchísimos casos la ruina y el infortunio de toda una vida.

El doctor Gulick, inspector médico de las escuelas públicas de Nueva York, dice que muchísimos alumnos fracasaron en el examen de prueba, no por desaplicación al estudio ni falta de voluntad, sino por defectos e imperfecciones de vista, oído y pronunciación, o por insuficiencia de alimento, que les impidieron obtener mejores frutos de su esfuerzo. Pero como los niños nada saben de estas imperfecciones, ni sus padres y maestros suelen descubrirlas, achacan su retraso a cortedad de alcances, y queda con ello el escolar deprimido y humillado por su fracaso, hasta el punto de haberse registrado algunos casos de suicidio.

Los héroes y los genios se caracterizaron siempre por la firme confianza que en sí mismos tuvieron y la fe en los destinos de su raza, mientras que los faltos de fe son incapaces de llevar a cabo nada digno de la gratitud del mundo.

La mayor parte de los hombres que han contribui-

do al progreso de la civilización universal estuvieron muchos años sin probabilidad inmediata de realizar sus anhelos; y sin embargo, no dejaron de trabajar, confiados en que algún día y de algún modo se les abrirían los caminos del éxito. Esta actitud de esperanza y fe ha tenido mayor eficacia que el talento en las invenciones de la industria, porque largo tiempo hubieron de fatigarse los inventores en su penosa labor antes de aparecer la luz, que de seguro no hubiese aparecido sin la firmísima fe puesta en su esperada aparición.

Disfrutamos hoy día de mil comodidades, beneficios, mejoras y adelantos que nos legaron aquellas almas generosas cuya lucha contra la adversidad no flaqueó ni aun por las súplicas de la esposa y de los hijos, postergados a la perseverante fe en el logro del ideal.

Nadie ha podido dar hasta ahora satisfactoria explicación de la psicología de la fe, de la robusta confianza que mantiene al hombre en su labor y le anima para sobrellevar con paciencia las contrariedades, infortunios, desgracias y contratiempos, sin desmayar ni aun al verse en la miseria y abandonado de parientes y amigos. La fe le da fuerzas para resistir los ataques de la adversidad, cuya violencia le aniquilaría cien veces si la fe no le escudase. El mundo acaba por admirar al que a todo renuncia o todo lo pierde, menos la fe en la realización de su ideal.

Es la fe como un sentido del alma, como una espiritual previsión que penetra mucho más allá de la mirada física y descubre lo que hay al otro lado de los obstáculos.

Poco ha de temer del porvenir el joven que tenga profunda fe en sí mismo, porque la fe ha sido siempre amiga del pobre y el más saneado capital del menestero. La eficacia individual se reduplica por la confianza en nuestras posibilidades y se acrecienta por el reconocimiento de nuestra bondad y nuestro carácter que no es, como suponen los pesimistas, de índole tan depravada, pues no cabe depravación forzosa en el hombre hijo de Dios. La única depravación es la que el mismo hombre se forja. La dificultad está en que, la mayor parte de nosotros, empequeñecemos y desfiguramos el modelo divino con nuestros bajos pensamientos, cuando debiéramos levantar nuestras mentes hasta las cumbres donde se asienta la superioridad. Hemos de repudiar la idea de que el hombre es un miserable gusano, impotente para llegar a las alturas de la perfección, y debemos sostener, por el contrario, que, como hijo de Dios y heredero de su gloria, ha de ser digno de la divina herencia. El mal está en que no atendemos suficientemente a nuestra naturaleza superior, y nos inclinamos a formarnos un pobre concepto de la especie humana.

Gran parte del malestar de las clases proletarias deriva del convencimiento de su inferioridad, pues en vez de mantenerse en actitud de viril independencia moral, se resignan indolentemente a dar por cierta su baja. Los patronos de cerebro firme, corazón animoso y carácter entero, repugnan y abominan de los dependientes chismosos, aduladores y soplones; en cambio, estiman y aprecian a los que proceden como hombres dignos, sin valerse de otros méritos que el austero cum-

plimiento de su deber y sin otra pretensión que verse tratados como hombres.

Nos demos o no cuenta de ello, nunca seremos más fuertes que nuestra fe ni acometeremos empresa superior a la que nuestra fe nos dicte. Por otra parte, esta confianza en nosotros mismos intensifica y explaya nuestras facultades intelectuales. Si a un hombre tímido, receloso, apocado y encogido se le enseña a confiar en sí mismo y se le representan las valiosas posibilidades que tiene de ser algo en sociedad, no sólo acrecentará su valor, sino que aguzará todas las potencias de su alma. La vida es un continuo reflejo de la opinión que de nosotros mismos nos forjamos. Nadie será mayor de lo que conceptúe ser, ni hay más segura defensa contra la baja y la inferioridad que una elevada estimación de las propias aptitudes, sin caer jamás en vanas presunciones ni orgullosas arrogancias, a fin de que todas las fuerzas interiores se pongan en acción y converjan a realizar el ideal de nuestra vida. De nada nos serviría disponer de muy robustas y potentes facultades intelectuales si no estuvieran apoyadas por la firmísima fe en su positivo y útil aprovechamiento. Cuanto más viva sea nuestra fe, más cerca estaremos de la realización de nuestro ideal. Por el contrario, la vacilación y la duda debilitan las fuerzas y paralizan la acción del vacilante y receloso. Es preciso creer que haremos una cosa antes de que empecemos a hacerla. La misma vehemencia de nuestro anhelo en llevar a cabo determinada empresa prueba que somos capaces de realizarla. Es la fe como lecho de roca viva en que descansan las piedras angulares del carácter firmísimamente conven-

cido de que todo ha de resultarle a medida de su propósito, por muy desalentadoras y adversas que al principio se muestren las circunstancias. Nuestras facultades actúan en obediencia a su dueña la voluntad, y siempre cumplen cuanto se les manda y de ellas se espera. Si mucho les pedimos, mucho nos darán, con tal que confiadamente mantengamos la demanda; pero si nos quedamos cortos en la exigencia o dudamos de su alcance, perderán nuestras facultades la energía necesaria para actuar con eficacia.

Muchos malogran sus esfuerzos desde un principio, por temor de no triunfar en el empeño, creídos de que tienen en contra todas las probabilidades del fracaso, es decir, que su actitud mental no es favorable al feliz resultado de la obra emprendida. En cambio, hay otros a quienes todo les sale bien y parece como si tuvieran avasallada a la fortuna, porque jamás ceden a la desconfianza y de continuo alimentan la esperanza del triunfo. Ven el fin a través de los obstáculos y prosiguen su marcha sin detenerse en las dificultades más que el tiempo necesario para desbaratarlas. Si los Alpes hubieran parecido a Napoleón tan formidables como a sus consejeros, de seguro que no los atravesara en el rigor del invierno. Más fácil hubiera sido conmovier en su asiento el peñón de Gibraltar, que disuadir a Napoleón de su propósito una vez resuelto a realizarlo.

La fe es un don que Dios ha concedido al hombre para confortarlo y esclarecerlo cuando la luz del mundo no es capaz de resolver los graves problemas de la vida. Es la fe para el individuo lo que la brújula para el navegante. Así como por pesado y macizo que sea

un proyectil necesita que el impulso de la pólvora le dé la velocidad que, multiplicada por la masa, produzca la fuerza viva o energía necesaria para atravesar la coraza de un buque, así también necesita el hombre disparar con el impulso de la voluntad sus potencias y facultades, de modo que adquieran la energía necesaria para dar en el blanco de su propósito. Las dificultades son mayores o menores según sea menor o mayor la confianza que en sí mismo tenga quien ha de vencerlas. A uno le parecerán montañas lo que a otros colinas.

No temáis asumir responsabilidades en vuestra profesión u oficio; levantad vuestra mente de modo que las afrontéis con entereza.

Gravísimo error es creer que vale más aplazar que asumir desde luego la responsabilidad de los deberes que nos salgan al paso, pues el cumplirlos servirá de lección práctica y de hábito adquirido para realizar en adelante cosas de mayor empeño. La virilidad se robustece cuando nos ejercitamos en el deber, por desagradable que al principio nos parezca su cumplimiento. No temáis exigir meritorias acciones de vosotros mismos, pues con ello actualizaréis potencias latentes, cuya existencia ni siquiera sospechabais.

Por lo general, no entra en sí el hombre hasta que el infortunio le aflige con un tremendo y humillante fracaso que conmueve las más íntimas fibras de su ser y excita su dinamismo psíquico hasta el punto de llevarle a realizar portentosas acciones.